vinetur

Julieta Venegas debuta en la literatura con Norteña Memorias del comienzo, un viaje íntimo al origen de su voz

La obra explora la infancia y el origen creativo de Julieta Venegas en la frontera.

jueves 18 de junio de 2026

ESCRITO POR LAIA ACEBES



Hay artistas que pasan buena parte de su vida intentando alejarse de los lugares donde nacieron para descubrir, con el paso de los años, que toda creación verdadera consiste en regresar. No necesariamente a una geografía concreta, sino a una lengua emocional, a un paisaje interior donde permanecen intactos los primeros asombros. En Norteña. Memorias del comienzo, Julieta Venegas emprende precisamente ese viaje de retorno.

La compositora e intérprete (Long Beach, California, 1970), una de las voces más reconocibles de la música en español de las últimas décadas, publica su primer libro con Las Afueras (2026): un volumen que funciona como exploración autobiográfica, pero también como homenaje a su familia, a su infancia y a la idiosincrasia de la zona fronteriza en la que creció. El proyecto nace, además, estrechamente ligado a su nuevo disco, también titulado Norteña, con el que establece un diálogo directo: doce canciones que comparten temas, imaginarios y resonancias con el texto, en un díptico donde la música podría entenderse como la punta del iceberg y el libro como todo aquello que permanece bajo la superficie.

Aquí no hay voluntad de construir una leyenda ni de ordenar una carrera a partir de sus éxitos. Lo que interesa a Venegas es otra cosa: comprender el origen de una sensibilidad.

El libro nos sitúa en el norte de México, en esa Tijuana fronteriza que marcó profundamente la mirada de una generación. Una ciudad atravesada por el movimiento constante de personas, lenguajes e identidades, donde las fronteras son mucho más que una línea política. En ese escenario crece una niña fascinada por la música, por los libros y por la posibilidad de encontrar una voz propia en medio del ruido del mundo.

A través de capítulos breves, de estructura biográfica, **Venegas reconstruye su historia familiar**: sube algunas ramas del árbol genealógico, recuerda a sus padres y a sus hermanos (cuatro en total, tres mujeres, dos de ellas mellizas) y recupera escenas que funcionan como pequeñas piezas de un relato mayor. Entre esos recuerdos aparece también la figura decisiva de Margarita, su primera profesora de piano, quien no solo le enseñó a tocar, sino que intuyó muy pronto que "su relación con la música era especial".

Se suceden los primeros grupos en el instituto, las protobandas anteriores a Tijuana No!, formación de la que llegó a formar parte y para la que compuso algunas de sus primeras canciones. Ya entonces se dibuja un patrón que atraviesa toda su trayectoria: los giros de rumbo, mudarse a Ciudad de México, abandonar proyectos colectivos, explorar el teatro, cambiar de idea, no responden a la ruptura, sino a una forma de coherencia íntima. A una búsqueda sostenida de fidelidad consigo misma.

Son recuerdos narrados sin nostalgia impostada, con una cercanía que evita el sentimentalismo y que encuentra su fuerza en los detalles. Lo más interesante de Norteña es que la autora no separa la construcción de la identidad personal de la formación artística. Ambas avanzan juntas. La música aparece como una forma de conocimiento, una herramienta para interpretar el entorno y para entender las propias emociones. Las primeras canciones nacen al mismo tiempo que las primeras preguntas sobre quién es y quién quiere llegar a ser.



Norteña

Memorias del comienzo

Julieta Venegas

las afueras

La experiencia musical de Venegas se percibe también en la escritura. Hay un sentido muy preciso del ritmo narrativo. Los capítulos avanzan con ligereza, enlazando escenas y recuerdos como quien compone una secuencia de canciones. La prosa es transparente, pero nunca simple; contiene la misma delicadeza que caracteriza muchas de sus composiciones musicales. Se advierte, además, una larga relación con la lectura, una familiaridad con la literatura que permite que el texto fluya con naturalidad y sin artificios.

A medida que la narración avanza aparecen los primeros pasos en la industria musical, los desplazamientos hacia Ciudad de México, las separaciones familiares y las incertidumbres propias de una juventud que intenta abrirse camino. Sin embargo, el verdadero protagonista del libro sigue siendo el territorio de la memoria. No la memoria entendida como archivo, sino como un espacio vivo donde los recuerdos dialogan constantemente con el presente.

Esa conexión entre libro y disco constituye uno de los aspectos más singulares del proyecto. Lejos de funcionar como productos complementarios de una estrategia de lanzamiento, ambos parecen formar parte de una misma exploración creativa. La música y la escritura se convierten en dos maneras distintas de acercarse a las mismas preguntas: las canciones como superficie, el texto como profundidad.

Venegas ha optado, además, por publicar este primer libro junto a una red de editoriales independientes iberoamericanas —Almadía (México), Blatt & Ríos (Argentina), La Pollera Ediciones (Chile), Laguna Libros (Colombia) y Las Afueras (España)— en un gesto que refuerza la dimensión artesanal del proyecto. En un contexto editorial cada vez más concentrado, la decisión apunta a una idea de literatura construida desde la cercanía, las alianzas y la circulación en red, más que desde la lógica puramente industrial.

Con Norteña. Memorias del comienzo, **Julieta Venegas demuestra que la escritura puede ser una prolongación natural de su universo artístico**. El libro no busca impresionar ni reivindicar una trayectoria ya consolidada. Su ambición es más discreta y, precisamente por ello, más perdurable: detenerse a observar cómo se forma una mirada, cómo nace una vocación y de qué manera los lugares donde crecimos

continúan resonando en todo lo que hacemos.

En estas páginas, la artista regresa a Tijuana para descubrir que el origen no es un punto fijo en el pasado, sino una conversación permanente con aquello que seguimos siendo.